

infolio de biblioteca a que sólo la alta erudición sacude el polvo. ¿Quién lee hoy a Homero? ¿Quién a Dante? ¿Quién de vosotros, de nosotros, lee la *Odisea*, *Los siete contra Tebas*, a Sófocles y Tácito, el *Purgatorio* y los dramas históricos de Shakespeare, y hasta a Voltaire y Camoens? Ciertamente, se tiene opinión sobre el "noble estilo de Tácito" y la "ironía de Aristófanes"; pero esas sentencias se transmiten ya hechas para uso de la elocuencia, un poco marchitas y enmohecidas. Cítase a Virgilio, pero se lee a Daudet.

Apenas a los veinte años, al entrar en la Universidad al comienzo de una carrera de Letras, se abre aquí y allí eso que llamamos "los clásicos", y se recorre distraídamente un episodio famoso, como el de Francesca da Rimini, o una arenga del *Cid*. Luego sólo se vuelve a encontrar el gran poema o el gran drama en una sala, sobre la mesa, con ilustraciones de un Doré, y una encuadernación tan dorada como la caja de una momia egipcia, sirviendo de adorno al lado de un cofre de marfil o de unas rosas frescas puestas en un vaso de China. *La Divina Comedia*, *Don*